

todos puntos separada; helándome él, yo quemándolo; sufriendo ambos y haciéndonos sufrir el uno al otro, no por defectos, sino por cualidades que no estaban de acuerdo.

XXIV.

Resultaban frecuentemente desagrados y repulsas mútuas que hacian tristes sus dias, y á mí la vida dura. Mi madre iba de él á mí y de mí á él, para arreglarlo todo. Mi padre en nada se mezclaba para permanecer neutro, temiendo su propia vivacidad, que hubiera podido agriar ú ofender á su hermano. Su naturaleza militar franca y animada, era mas análoga á la mia; me hubiera concedido con mas frecuencia la razon; pero debia respetar tambien, en mi interés, la autoridad y soberanía de la familia. Se iba á cazar, dejando á mi madre el cuidado de conciliarlo todo. Ella lo lograba; mas no sin derramar algunas lágrimas.

La voluntad de mi tío era guardarme en Mâcon como á una doncella en una alcoba de provincia; hacerme cultivar bajo su direccion todas las ciencias frias que mas repugnaban á mi espíritu: fisica, historia natural, química, matemáticas, mecánica; renacer por mejor decir en mí; dedicarme despues, en uno de sus dominios, á la agricultura y á la economía doméstica, mientras pasaba mi juventud, como entonces se decia; en fin, casarme y hacer de mí una cepa mas ó menos fértil de aquel bosque de género humano, del que no sobresale una cabeza de la otra, en una provincia lejana. Nada tengo que decir contra aquel destino; es el mas natural y mas feliz. ¡Plegue á Dios que yo hubiese sido predestinado! Mas todos han sacado su lote en la naturaleza, al entrar al mundo; no era este el mio, y mi tío no habia sabido leer en mis ojos. Esta fué toda la desgracia.

XXV.

La vida que entonces pasábamos en Mâcon, en el círculo de la casa paternal, de familia y de sociedad, era monótona, regular

y acompasada, como una existencia monacal, cuyo claustro se hubiera estendido á proporcion de una ciudad pequeña. Semejante vida era propia, por su naturaleza, para hacer corromper la agua de las cascadas mismas de los Alpes que acababa yo de visitar, ó para apresurar la esplosion del fastidio á el alma de un jóven cargado de incomodidades, teniendo necesidad de aire y mucha energía sin actividad.

Yo permanecia encerrado en mi cuarto, con mis libros y un perro, hasta el momento de la comida, que era precisamente á las doce. Despues de ella, nos dirigiamos todos respetuosamente al salon principal para reunirnos con el resto de la familia. Allí encontrábamos á nuestro tío y tias, conversando, leyendo é hilando. Era la hora temible, la hora de las amonestaciones, reconvenciones que recaian sobre nuestra pobre madre, por cada una de las ligeras faltas de sus hijos. Mis tias eran buenas, pero entregadas á la ociosidad, y por consecuencia muy minuciosas. Amaban á mi madre y aun la veneraban, y nos veian como á sus propios hijos; mas querian tener los derechos sin las cargas de la maternidad. Olvidaba hacer sus retratos, que faltarian en mi vejez á este cuadro de familia. Retrocedamos.

La mayor de ellas se llamaba la señorita de Lamartine. Era una naturaleza angélica mas que femenil. Habia sido la favorita de su madre, la reina de la casa en vida de mi abuela, que no se ablandaba mas que por ella; la tutora de sus jóvenes hermanas, la mediadora de sus hermanos, todo el mundo la adoraba. Aunque muy bonita hasta los veintiocho ó treinta años, y muy solicitada á causa de su figura, de su carácter y de su fortuna, no habia querido casarse para permanecer al lado de su madre hasta la muerte. La habia seguido y servido en su cautividad. Despues del fallecimiento de su madre, era ya demasiado tarde; habia envejecido; la revolucion habia proscrito al único hombre á quien amó con una inclinacion tan pura como su alma. Se habia unido con su hermano mayor; le habia entregado la administracion de sus bienes para que los confundiese con los suyos; tenia su casa,

gobernaba, como en otro tiempo, á sus criados, presidia á sus buenas obras, y empleaba todo el tiempo é independencia de su vida en prácticas de devocion; devocion tierna, pero exaltada y sensible, casi como la de Santa Teresa. Era delgada, pálida y lánguida; dos hermosos ojos y una sonrisa encantadora, petrificada en sus lábios, recordaban su primitiva belleza; su voz era suave, melancólica, y tenia sonidos impregnados de amor divino. Se veia constantemente en su rostro el trasparente velo del recogimiento místico y de la meditacion de las cosas santas, de las que salia solamente por condescender con su hermano. Pasaba la mitad del dia por lo menos en las iglesias, al pié de los altares: la luz pálida y amarillenta de los cirios parecia incrustada en su frente. Era la figura de la contemplacion cristiana.

La otra, que como he dicho, se llamaba madama de Villars, era de un carácter mas viril que un hombre y mas enérgico que un héroe, pero tambien mas activo, mas dominador y mas impetuoso que una borrasca; en el fondo generosa, olvidando con tanta prontitud como la que emplea la arena en absorber el agua, y pronta siempre á reparar por la prodigalidad de sus beneficios y por un cariño sin límites á la familia, las faltas, ó mas bien ligerezas de su humor que no habia podido contener; amada de lejos, porque no se sentian sus caprichos sino á través de sus sólidas cualidades; temida de cerca, porque sus pequeños defectos ó ímpetus se sentian con el continuo trato. Era como esas pieles ásperas que cubren hermosas formas. Las mugeres que se hallan revestidas de esta manera, no son bellas sino á distancia.

Habia sido menos querida que su hermana en su juventud; pero mas viva, mas ingeniosa y mas iustruida. Gozaba en la generacion precedente, de una fama de distincion y de talento, que mantenia con esa coquetería de la preocupacion, que agradaba aún. Era ella, sobre todo, la que sostenia la tertulia en la sala comun, y quien se encargaba de alentar la conversacion y revivirla cuando se resfriaba, como esos personajes del teatro

que se preguntan ó contestan, segun es necesario para hacer marchar ú obrar la pieza.

XXVI.

A los quince años la hicieron entrar al capítulo de canonesas á que pertenecia, especie de convento mundano que prohibia el matrimonio, pero que permitia el trato del mundo. Sus votos habian sido moralmente forzados.

No habia cesado de protestar en su corazon contra las trabas semi-monacales y contra la crueldad del celibato á que habia sido condenada antes que tuviese la edad de la razon y de la voluntad. Cuando la Revolucion abrió los claustros y rescató aquellos canonicatos femeninos, era ya demasiado tarde: habian pasado treinta años, y sus votos eran irrevocables. Los maldecia, pero los guardaba, por honor y por virtud, mas que por religion. En los ratos desocupados de su convento, que eran frecuentes, habia leído mucho á los filósofos, cuyos libros pasaban entonces las enormes rejas de aquellos medios claustros. Habia conservado una costumbre y necesidad de discutir consigo misma, y con los demas, las cosas de fe, que renacia diariamente, á pesar de su voluntad sistemática de creer lo que ella se imponia, como autoridad divina. Esa voluntad de creer á su palabra y esa necesidad de discutir siempre, formaban un gracioso contraste con su profesion de religiosa secularizada. Por la mañana se proponia razones de duda, que en la tarde se refutaba. Su pensamiento era un incesante combate entre las dudas que repelia y la luz que no queria admitir. Su rebelde imaginacion, era un resorte de acero, siempre elástico: en vano lo doblegaba con todo el peso de su voluntad, porque se enderezaba con todo el vigor de su inteligencia. Aquel conflicto interior, que duró noventa años en ella, con toda la tenacidad de una imaginacion juvenil, agriaba frecuentemente su humor. Se rebelaba muchas veces contra la fe, y tenia remordimientos de la duda. Por todas partes mal, porque ni se sometia á la razon ni á la fe.

Aquella situacion de su espíritu no la hacia por eso mas tolerante en materia de devocion, de ceremonias religiosas, en la asistencia á los sermones, en el cumplimiento de las cuaresmas, en la observancia de las abstinencias, y en la lectura de libros ortodoxos y no ortodoxos. Tenia la severidad enredadora de un doctor ó de un casuista, sobre todas esas cosas, materias ordinarias de la conversacion íntima de la siesta, en el salon de mi tío, durante la forzosa visita de la familia. El tono de aquella conversacion era frecuentemente agrio, ofensivo de su parte con respecto á nuestra madre. Eran lecciones, aluciones, insinuaciones, reconvenciones, algunas veces ironías amargas y provocadoras sobre las mas fútiles materias: ya sobre la religion demasiado fácil y seductora, que nuestra madre hacia amar en lugar de hacer temer á sus hijas; ya sobre su educacion en extremo elegante; ya sobre su adorno esquisito; ya sobre el gasto de nuestra casa, que excedia, decian, á los limitados recursos de mi padre; ya sobre las personas de condicion muy plebeya que recibiamos; ya sobre los libros de instruccion poco convenientes que se leian; ya sobre el exceso de tolerancia de opiniones que se practicaba; ya sobre las debilidades de mis padres para conmigo, sobre las frecuentes ausencias que me permitian, sobre mi permanencia en Paris, ó sobre los viages al estrangero, que ella favorecia con sus ahorros, y para los cuales eran cortas nuestras fuerzas. Nuestra madre escuchaba al principio con una paciencia risueña y verdaderamente sobre humana, todo aquel exámen cotidiano de conciencia, hecho por sus cuñadas y cuñado; ella paliaba, escusaba y refutaba con gracia, humildad y dulzura. Pero si una palabra viva ó un poco fuerte, se le escapaba en su defensa, se reanimaba la contradiccion, se irritaba y acaloraba; los tres antagonistas que siempre tenia reunidos á su frente, no formaban mas que una opinion y una voz para condenarla, cada uno segun su carácter: mi tío con autoridad, la señorita de Lamartine con dulzura, y madama de Villars con obstinacion é impetuosidad. Afligida nuestra madre por causa de

nosotros, concluia algunas veces por revelarse, y frecuentemente por llorar por aquellas injusticias. Yo tomaba viva y apasionadamente el partido de mi madre; manifestaba con medias palabras, y á pesar mio, la cólera que fermentaba sordamente en mi pecho contra aquellas opresiones. Se esplicaban, se enternecian, se daban escusas; las mugeres derramaban algunas lágrimas, y se acariciaban mutuamente; salian en seguida mas ó menos bien reconciliadas, para comenzar exactamente á la mañana siguiente, los mismos insultos, las propias recriminaciones é iguales reconciliaciones en la familia. Esto era, sin embargo, lo que una pobre madre, muger superior, orgullosa y digna, se veia obligada á sufrir todos los dias, por interés del porvenir de sus hijos, que dependia de aquellas tres cabezas de la familia. Llamábamos á aquella hora, la hora del mártirio, y la compensábamos con el aumento de ternura hácia ella, cuando saliamos; porque era siempre por nosotros, y especialmente por mí, por quien aceptaba aquellos caprichos del humor. Mas tarde, ese humor que no era en el fondo mas que la ociosidad de tres imaginaciones desocupadas, y que la solicitud, demasiado déspota y egoista del parentesco, ha reparado todas aquellas faltas pequeñas de carácter y de situacion con mi madre y con nosotros, con sentimientos y beneficios, que nos han dado en aquellas tias y tios, unas segundas madres y otros padres.

XXVII.

Despues de aquella tormentosa sesion, que se prolongaba por espacio de una ó dos horas, y cuyos lentos minutos, contábamos en el reloj de la chimenea, cuya aguja nos parecia paralizada, mi madre entraba en su habitacion con sus hijas para asistir á las lecciones de sus maestros, ó bien recibia á su turno las incessantes visitas de las personas de la ciudad que preferian su casa y su conversacion graciosa y tierna, á la austeridad demasiado magestuosa del hotel de la antigua familia. Mi padre se iba á jugar su partida de ajedrez y de damas reales, á la casa de alguna viu-

da de la antigua generacion de Màcon, ó á la de algun oficial de su regimieunto, casado y retirado como él, desde el tiempo de la emigracion, á su ciudad natal. En cuanto á mi, subia á mi cuarto, ó iba á pasearme solo y melancólico en los desiertos senderos que cortan los campos tras del hospital. Desde allí se ven los techos de la ciudad, la corriente del Saône, sus prados que se pierden de vista, semejantes á los del Danubio saliendo de la Sérvia para entrar en Hungría; y en fin, el Jura y los Alpes, ¡los Alpes de donde no podian separarse mis miradas, como tampoco pueden separarse las del prisionero, del muro, tras el cual ha gustado el sol, el amor y la libertad!

XXVIII.

Aquellos paseos, durante los cuales, llevaba en mi corazon una montaña de tristeza y de fastidio, no se variaban ni por esos accidentes del paisaje, ni por esa animacion del campo, ni por ese sentimiento de la verdadera y profunda soledad, saboreada con seguridad en el fondo de los bosques, ni por las aguas, ni por los árboles, ni por las rocas. Era un aspecto de barrio, la mas triste y desencantada de las naturalezas; no un campo, sino un prado, en el que se anda para huir, no para buscar alguna cosa, ó alguna persona. Se veian los techos de Màcon, los que me causaban horror en aquella época de mi vida, porque me representaban mi cautividad, y que mas tarde me fueron tan queridos; cuando me recordaban á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y mi cuna! No encontraba mas que algunas mugeres de taberna de aspecto desvergonzado, recogiendo violetas, en el declive de césped de los senderos, o espinas en flor en los breñales. Desde esa época el olor de las violetas y la nieve perfumada del espino egipcio, esos dos sintomas precursores de la primavera, me disgustan al olfato y a la vista, porque esas dos flores me recuerdan siempre aquellos paseos melancólicos, aquellos setos monótonos, aquellas mugeres sórdidas, seguidas á alguna distancia, por artesanos borrachos, ó por soldados ociosos. El paisaje de las inme-

diaciones de Màcon tiene mucha semejanza con los paisages sin animacion y sin vista de la Lombardia. Un Virgilio podia nacer en aquella Màntua. Respiraba la inmensidad, la monotonía, la magstad, la luz y el fastidio; este era el carácter del lugar. Puedo decir que durante aquellos años de mi juventud, he apurado hasta la hez todo lo que aquel paisaje contiene de fastidioso en su belleza. ¡Cuántas veces he reconvenido á la naturaleza el haberme hecho nacer al borde de aquellos llanos, donde el alma se extravía como la mirada, en lugar de haberme hecho nacer en Nápoles, en Suiza, en Saboya, en la Auvernia, en el Delfinado, en el Jura, ó en la Bretaña, paises de fisonomías marcadas y de variados caractéres! Así, pues, ¡cual fué mi alegría, cuando sali en fin de aquella insipidez del paisaje de Màcon, para entrar en las verdaderas colinas del Màconnais, semejantes en todo á las inmortales colinas de *Arquà*, donde vivió y murió Petrarca! ¡Allí es Milly; ese es mi pais! Siempre he aborrecido las ciudades; adoro el Màconnais montañoso.

XXIX.

Aquella pequeña ciudad de Màcon, situada en aquel pais tan poco pintoresco, en la orilla de un rio, que no tiene ni aun el movimiento y murmullo del agua, era, sin embargo, en aquella época, la residencia de un pueblo dócil, amable, gracioso y espiritual, y de una escogida sociedad, verdaderamente digna de rivalizar con los mas aristocráticos salones, y los mas letrados, en que mas tarde penetré en toda la Europa. Era un *Weymar francés*, una *Florençia* en medio de las *Galias*, un centro de buen gusto, de gran tono, de pasatiempo, de comodidad, de artes, de literatura, de ciencia, y sobre todo, de sociedad y de conversacion.

La casualidad habia reunido todos estos elementos en Màcon durante los años que siguieron á la revolucion y que principiaron con el presente siglo. Era un aluvion del antiguo régimen

A de la sociedad antigua, depositado por la revolucion en aquella rivera del Saône. Voy á referir la manera con que aquel aluvion se habia formado allí naturalmente.

Habia en Mâcon, antes de 1789, un obispado excesivamente rico, cuyo titular presidia los Estados del Mâconnais, y reunia en su palacio episcopal á todas las notabilidades de la provincia. El último obispo era hombre de talento, de gusto y de lujo, mas bien que hombre de iglesia. Su casa era un centro de delicadeza, de galantería, de elegancia y de saber: *arbiter elegantiarum*. Gastaba cuatrocientas mil libras de rentas eclesiásticas, en munificencias y en fiestas. Deslumbraba con su lujo á la nobleza del pais, que rivalizaba con él en esplendor, y que hubiera querido ofuscarlo.

Habia, ademas, dos capítulos de canónigos, que poseian rentas considerables en canongías, priorazgos, en prebendas, tesorería territorial, inmensa entonces, del culto del Estado. Aquellos canónigos pertenecian en general á las principales familias de la ciudad, de la provincia, ó de las limitrofes, eran ociosos, ricos, amantes del placer y de las reuniones en la ciudad y en el campo; siempre prontos á acrecentar el número, el movimiento y la alegría en la sociedad. Era una guarnicion permanente de la Iglesia, compuesta de abates de todas edades, de diversas costumbres, que reclutaban los castillos y salones.

Habia ademas dos casas de elevada nobleza, que todo lo dominaban y que igualaban en lujo á las de los príncipes. Una de ellas era la del conde de *Montrevel*, que nunca iba á la corte, y que gastaba seiscientas mil libras de renta en Mâcon. Tenia una caballeriza provista con cien caballos de caza, un teatro y una gran música á sus espensas, que rivalizaba con la de los Condés en Chantilly.

Habia la segunda nobleza, no muy antigua y poco ilustre, compuesta de siete ú ocho casas, absolutamente locales, que trataban de igualar en magnificencia al obispo, y que se titulaba la nobleza de la corte.

En fin, habia el tercer estado propietario y ocioso, viviendo de la tierra y no del comercio ó de las profesiones liberales, tan antiguo y mas aún que la nobleza; aquel estado se confundia enteramente con ella, en los mismos salones, en los mismos castillos, en las mismas opiniones, en los mismos placeres. Un título ó un particular formaba toda la diferencia.

XXX.

La revolucion, despues de haber dispersado, arruinado, aprisionado y hecho emigrar toda aquella multitud, habia reunido de nuevo casi todos los restos desde el Terror, el Directorio y el Consulado. El conde de *Montrevel* habia pagado solo con su cabeza, su inmensa fortuna y su gran nombre. El obispo se hallaba reducido á las limosnas de los fieles; vivia bajo el techo y alimentándose con el pan de uno de sus antiguos servidores, tan resignado y tan tranquilo en su miseria, como antes habia sido magnífico y pródigo en su opulencia.

Los canónigos y abates vivian con el producto de las pequeñas pensiones del gobierno y con los socorros de sus familias. Los emigrados, la mayor parte jóvenes cuando habian abandonado la Francia por el ejército de Condé, habian encontrado en las casas de sus padres, todavia vivos, sus bienes que no habian podido confiscarse. El estado medio no habia perdido mas que un año de su libertad en la prisiones; sus bienes se hallaban intactos, sus placeres y sus costumbres eran las mismas que antes de 89; renacia el gusto, edificaban, plantaban y daban fiestas en el campo, comidas y bailes en la ciudad: los años de dispersion y de angustias que se habian atravesado, parecian dar á la vida social la frescura de la novedad y el premio de un momento perdido.

El carácter de los habitantes del pais se prestaba admirablemente á aquel género de vida. Una benevolencia casi general formaba el fondo de él. Ese carácter es templado como el cli-

ma; no tiene ardor, y mucho menos fuego; pero tiene una gracia, una intimidad en las relaciones, una igualdad en el humor, una especie de parentesco general entre las familias y entre las clases, que hacen el encanto habitual de la comarca. El pais no era, pues, mas que una familia, cuyas diversas ramas no se ocupaban en otra cosa que en hacerse dulce la vida á sí mismos y agradable á los demas. Era una parte del barrio de San German, escepto sus grandes nombres, sus muchas preocupaciones y su desmesurado orgullo, relegado en el fondo de una provincia.

XXXI.

Se abria todas las noches un salon, ya en una de aquellas casas, ya en otra, para recibir aquella numerosa y elegante sociedad: en las mesas de juego se agrupaba toda aquella multitud, á escepcion de dos ó tres retardados, que llegando despues de haber comenzado las partidas, se dirigian en voz baja algunas palabras cerca de la chimenea; y jóvenes sentadas en silencio tras de sus madres, que cuchicheaban entre sí, como en la iglesia ó en el convento. Un religioso y austero silencio reinaba en todos los salones durante aquellos whists ó revesinos sempiternos. El juego, aunque era muy moderado, doblegaba todas aquellas cabezas, se apoderaba de todas las imaginaciones, tanto de las de los hombres como de las de las mugeres, y las mantenía en un recogimiento casi grotesco, que no se manifestaba mas que por medias palabras, por la espresion de los rostros, ó por los gestos sucesivamente alegres ó desesperados. Se trataba de cinco sueldos por ficha, algunas veces de menos; pero el hombre es un ser tan apasionado, que coloca su pasion hasta en las puerilidades cuando no puede hacerlo en cosas grandes. Ademas, el juego de las tertulias en aquellos salones, era una costumbre del antiguo régimen, la que se mantenía por respeto á las tradiciones de otro tiempo. El juego tenia toda la seriedad de un deber de buena sociedad, que era preciso llenar, ó decla-

rarse hombre mal educado ó muger inútil; las ceremonias religiosas de la mañana en la iglesia, no eran impuestas ni seguidas con mayor solemnidad. Eran despreciados los que huian del juego, y estimados y buscados los que en él se excedian. Me acuerdo de cinco ó seis hombres, mas que medianos, de los que no se hablaba sino inclinando la cabeza, porque, decian, con n.º respeto que el que se hubiera tenido por un grande artista, que jugaban superiormente al *boston* y al revesino. Vivian y morian muy contentos con aquella reputacion. Mi madre y mis tias me alentaban lo mejor que podian á merecerla, y hacerme útil y agradable á las dueñas de casas, haciendo el cuarto en alguna mesa de jugadores incompletos; mas no lo lograron. Aunque por naturaleza muy complaciente, nunca he podido tolerar el insoportable fastidio de manejar dos horas por dia siempre las mismas cartas en mis manos, no teniendo mi espíritu por horizonte y mi corazon por diversion, mas que esas abominables figuras de reyes, de reinas de diversos colores, arrojándolas unas sobre otras en esa confusa mezcla de pedazos de carton, sobre una carpeta verde para recogerlas en seguida y volver á comenzar el mismo ejercicio, hasta que la péndula daba la hora de la libertad de mi espíritu. Era preciso renunciar á ello. Mi paciencia, mi buena voluntad, mi juventud, mi figura, nada lograron. Esto me hizo mal notar, en mi estreno, en la estimacion de las ancianas que gobernaban magestuosamente aquel mundo de cartas, de fichas y de tantos. Sus rostros se helaron y oscurecieron conmigo. La obligacion de acompañar regularmente á sus casas, á mi madre y á mis hermanas mayores, se hizo para mí un suplicio cotidiano. Yo abreviaba el martirio escapándome despues de haber comenzado las partidas.

XXXII.

Habia un solo salon donde no se jugaba, y que recibia todas las noches á un número pequeño de amigos de la casa; era el salon de mi tio. Yo concurría á él por la noche con mucha me-

nos repugnancia que por la mañana. Era un círculo corto, íntimo, político, literario, científico, donde el espíritu estancado de una ciudad pequeña, que participaba, al menos por la noche, de las ideas, de los hechos y del tiempo. Mi tío, hombre de conocimientos muy variados, de una conversacion muy agradable en todas las materias de una ociosa velada, era el centro de aquel salon. Jamas se presentaban allí las mugeres; los ocho ó diez hombres que asistian con regularidad todos los días, se atraian unos á otros, y todos lo eran por el dueño de la casa, por ese atractivo involuntario y natural que arrastra los pasos á pesar de la voluntad, donde se halla bien la imaginacion. No habia otra cita que aquel placer recíproco y aquella conformidad de gustos, de estudios, de opiniones, realzada por una absoluta libertad en los discursos. Era, en general, todo lo que el pais contaba de hombres eminentes, interesantes ó ingeniosos en todas las clases de la sociedad. No habia allí otra aristocrácia que la de la inteligencia y el gusto. He visto muchos salones en mi vida de viagero, de diplomático, de hombre de mundo político y de letras: me acuerdo siempre de aquel, como de un completo modelo de reunion, y las principales figuras que allí se dibujaban en medio círculo, en frente del fuego, han quedado petrificadas con sus vestidos, sus fisonomías, el metal de sus voces, sus gestos, sus actitudes y las diferentes naturalezas de su espíritu, en mi memoria y en mi vista.

XXXIII.

El primero era un abate anciano, venerable y venerado en la provincia y aun mas allá, con una peluca leonada, un rostro largo y apergaminado, un lovanillo enorme en el labio inferior, un aspecto imperioso, una voz ronca saliendo del fondo de una biblioteca, donde se encierran numerosos y empolvados *en cuarto*. Se llamaba el abate *Sigorgne*; habia ocupado antes de la Revolucion altas y soberanas funciones sobre los sacerdotes de la diócesis, cuya naturaleza y nombre he olvidado. Habia escrito mucho, y entre

otros un libro titulado el *Filósofo cristiano*, que goza aún de una reputacion de seminario y de teología. Era prodigiosamente sábio en todas esas cosas que nadie se inquieta por saber hoy: *blason, derecho, cánon*, cuestiones de beneficios eclesiásticos, de casuista, &c.; cultivaba ademas con buen suceso las matemáticas, las ciencias naturales y la química. Los sacerdotes de aquel tiempo no se asemejaban en nada á los de hoy; aquellos pertenecian al mundo: éstos están solamente entregados al sacerdocio: esto es mucho mejor. El abate *Sigorgne* habia sido siempre del mundo por la noche; entregándose enteramente á la ciencia y á la Iglesia por la mañana. Habia viajado, habitado mucho tiempo en Paris, y habia sido doctor en la Sorbona: habia frecuentado los salones de madama du Defiant y de madama Geoffrin; habia conocido á los escritores y filósofos del siglo XVIII. Sus relaciones con d' Alembert y Diderot, en nada habian alterado sus opiniones religiosas. Discutia con ellos sin odiarlos; pero sin ceder en nada de sus convicciones. Su carácter era uno de esos temples sobre los que todo se desliza, sin alterar el tejido del acero: suave al tacto, mas firme para resistir. Habia tenido con Voltaire una correspondencia, y con Juan Jacobo Rousseau una discusion impresa, en la que el filósofo de Génova y el de Mácon habian combatido en presencia del público sobre no sé qué materia; pero con talento, política, dignidad y mútua estimacion. El abate *Sigorgne* estaba naturalmente orgulloso por aquella lucha con tan célebre adversario. Haberse medido con Juan Jacobo Rousseau era una gloria aun para un ortodoxo y para un vencido. Resultaba de todo esto una alta consideracion sobre el nombre del abate *Sigorgne* en su órden y en el pais. Su virtud realzaba aun mas su fama y su vejez. Daba gratuitamente, y por solo el progreso de la ciencia, lecciones en su biblioteca, á los jóvenes de algunas esperanzas. *Mr. Mathieu*, cuyo nombre ilustra á su turno la ciencia y el pais donde nació, fué uno de sus discípulos. El abate *Sigorgne*, á pesar de sus ochenta años cumplidos, conversaba con esa indulgencia, segun-

